

DEL CRIOLLISMO AL REGIONALISMO: Enunciación y representación en el siglo XIX venezolano

Raquel Rivas Rojas
Universidad Simón Bolívar, Caracas

Resumen: El criollismo ha sido elaborado—desde diversos géneros—como espacio del consenso identitario aún en momentos de graves tensiones simbólicas. Se trata de un lugar construido sobre la capacidad de desplazamiento de la voz letrada, en función de adaptarse a los cambios producidos en la esfera cultural. Con el fin de trazar algunos de los hitos de este proceso de apelación identitaria en el caso específico de Venezuela, revisaré textos, publicados en su mayoría en la prensa, a lo largo del siglo XIX y principios del XX. La lectura de este corpus mostrará la trama de discursividades sobre la cual se asienta la autoridad letrada que emitió el discurso criollista.

El largo proceso de configuración y reconfiguración de los lugares desde los cuales se elaboran los relatos identitarios nacionales pasa en Venezuela por una red discursiva que incluye la historia, la geografía y los géneros periodísticos antes de nutrir las ficciones que tomarán cuerpo en las novelas y cuentos de filiación criollista y regionalista. En tanta formación discursiva, el criollismo ha sido elaborado desde diversos géneros como espacio del consenso identitario aún en momentos de graves tensiones simbólicas. Se trata de un lugar construido sobre la capacidad de desplazamiento de la voz letrada en función de adaptarse a los cambios producidos en la esfera cultural, en una pugna permanente por consolidar un lugar de enunciación para el relato identitario que otorgue peso específico al intelectual encargado de enunciarlo. Con el fin de trazar algunos de los hitos de este proceso de apelación identitaria, revisaré textos de políticos, historiadores, sociólogos y periodistas a lo largo del siglo XIX y principios del XX. La lectura de este corpus mostrará la trama de discursividades sobre la cual se asienta la autoridad letrada que emitió el discurso criollista que se renueva y reformula en las narrativas regionalistas de la primera mitad del siglo XX.¹

1. En cierto sentido, los textos aquí analizados acompañan las narrativas fundacionales organizadas alrededor del género de la novela. Si bien es cierto, como ha señalado Doris Sommer (1991), que la novela constituyó un género fundamental para dar a conocer una forma conciliadora de relato identitario, es en el campo en que se mezclan periodismo y ciencias sociales donde se gestan las ideas que configurarían luego las ficciones fundacionales. Aún

A principios del siglo XIX, cuando los grupos criollos dirigentes ven llegado el momento propicio de llevar adelante su proyecto independentista, una de las más complejas tareas para los intelectuales será la de lograr la consolidación de un proyecto capaz de superar el legado colonial que se caracterizó por una férrea jerarquización social y cultural. En los tres largos siglos coloniales, se había privilegiado la letra sobre la palabra, específicamente la alfabetización occidental sobre cualquier otra forma de transmisión de saberes; la ley y sus reglamentos sobre la experiencia y la actividad práctica; la ciudad y lo urbano sobre lo rural y campesino. En una palabra, la sociedad y su cultura se constituyeron verticalmente, sobre lo que Walter Mignolo ha llamado “la colonización de lenguajes y memorias” (1995, 320). Esta organización colonial, altamente jerárquica, colocó en un lugar privilegiado al sector ilustrado de la sociedad, otorgándole una autonomía que ha llegado a convertirse en mitológica en algunos de los trabajos críticos contemporáneos (Rama 1984, 23–39). Sobre esta autoridad, los líderes de la Independencia fundaron parte importante de su capacidad de interpelación.

Sin embargo, la autoridad de los intelectuales que se colocarían del lado de la causa independentista se sostenía, también, en la apropiación de elementos de una conciencia criolla nacida en el seno de la misma sociedad colonial. Cuando los avatares de la conquista permitieron el asentamiento de las ciudades coloniales, una nueva generación de blancos—no siempre “puros” de sangre—comenzó a exigir los mismos privilegios de los peninsulares que regían las posesiones coloniales. *Criollo* designó, entonces, al hombre blanco nacido en tierras americanas.² En esa larga lucha de legitimación que duraría tres siglos se fue forjando una conciencia criolla que se definió en primer término por su vínculo con la tierra, un vínculo que había sido desdeñado por los blancos peninsulares. Este discurso debió tomar para sí, aislándolos forzosamente de su contexto cultural popular, elementos del vestuario, la comida, la tradición oral que le permitieran investirse de un carácter “nativo” en la justa medida en que esto era necesario para sostener el argumento legitimador de lo criollo. Una muestra de este esfuerzo de

cuando el estudio de las ficciones fundacionales representadas en la novela no es el objeto de este artículo, puede ser apropiado señalar que para el momento en el que circulan en Venezuela *Ifigenia* (1928) de Teresa de la Parra y *Doña Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos (las dos novelas venezolanas que cierran la propuesta de ficciones fundacionales de Sommer), han sido publicadas en Venezuela dos novelas que ya a principios del siglo XX son consideradas como las novelas que inauguran la ficción criollista en el país: *Zárate* (1882) de Eduardo Blanco y *Peonía* (1890) de Manuel Vicente Romero García.

2. Se ha afirmado que en su origen de la expresión *criollo* se utilizó para designar a los hijos de esclavos que habían nacido en América y que por tanto habían perdido ya la experiencia concreta del contacto con su tierra natal africana. No parece claro, sin embargo, el proceso mediante el cual esta expresión, usada para caracterizar a un sujeto marginal, recorrió todo el espectro social hasta designar al sector que encabezaría las sociedades republicanas. Ver Latchman (1956) y especialmente Lavallé (1993).

apropiación puede encontrarse en la narrativa costumbrista que surgió y tuvo especial auge en la segunda mitad del siglo XIX.³

En los tiempos de la guerra de independencia, ese discurso de lo criollo fue utilizado como bandera política: fue lugar sobre el cual se edificó la arenga, la carta abierta, el decreto urgente, textos todos que se dieron a conocer en la prensa republicana, cuyo papel fue central en la contienda independentista.⁴ En esos géneros, forjados al calor de la beligerancia política y de la urgencia de la estrategia bélica, circulará una primera forma de criollismo republicano que ha sido en muchas ocasiones ejemplificada con las cartas y discursos bolivarianos.⁵ “La carta de Jamaica” fue escrita por Simón Bolívar en función de responder a las múltiples preguntas que le hiciera súbdito británico Henry Cullen sobre el pasado, el presente y el futuro de América. Escrita en pleno momento de las guerras de independencia, la carta muestra una curiosa mezcla de falta de información y voluntad de saber que será, en muchos sentidos, una de las condiciones de posibilidad del criollismo.

En los primeros párrafos de esta carta,⁶ fechada en Kingston el 6 de septiembre de 1815, Bolívar asegura: “Me encuentro en un estado de perplejidad, en un conflicto entre mi deseo de merecer la buena opinión con la que me favorece y la aprensión de que puedo fracasar en mi empeño, tanto por la falta de documentos y libros necesarios, como por los limitados conocimientos que poseo de un país tan inmenso, variado y desconocido como la América” (Cuevas 1975, 41–42). La aceptación del desconocimiento del amplio territorio americano no será, sin embargo, impedimento para que Bolívar presente lo que llama sus “vehementes anhelos” (1975, 43) y se aventure a realizar un amplio recorrido por los sucesos remotos y recientes del continente. Ni será obstáculo para que ejercite su imaginación al proponer las posibles formas políticas que tomará el territorio americano una vez que se consolide la independencia. Esta carta inaugurará una situación enunciativa que el criollismo irá reproduciendo en muchos de sus textos: la condición de producción de un discurso carente de datos precisos de la realidad, datos “que por mil razones no pueden ser exactos” (Cuevas 1975, 53),

3. Para el caso venezolano, ver Picón-Salas, ed. (1980) y Barrios (1994).

4. La primera imprenta llegó a Caracas en 1808 para servir al gobierno colonial. Muy pronto se utilizaría para imprimir periódicos republicanos como el *Semanario de Caracas*, *El Patriota de Venezuela*, *Mercurio Venezolano* y *El Publicista de Venezuela*. Al respecto ver Millares (1969). Con respecto al papel que cumple la imprenta en las luchas de independencia, ver Nieschulz (1981).

5. Un texto imprescindible para acercarse a la trayectoria de Simón Bolívar como redactor de textos periodísticos es el de Manuel Pérez Vila (1968). En este texto se analizan escritos atribuidos o firmados por Bolívar, y se incluyen comentarios que indican su profundo conocimiento del oficio. Ver también Lecuna (1917).

6. Utilizo la versión de la “Carta de Jamaica” ofrecida como definitiva por el estudioso de la obra bolivariana Francisco Cuevas Cancino (1975).

fundamentado casi en su totalidad en los anhelos vehementes del sujeto que lo enuncia.

Por otra parte, la "Carta de Jamaica" será también uno de los primeros textos en que se hace explícita la representación de la tensión que registra el término *nosotros*, desde el cual se intenta definir lo identitario latinoamericano. A ratos el hombre americano será el descendiente directo de los españoles conquistadores (Cuevas 1975, 44); o será uno más entre los errantes "peones, cazadores y pastores" que conforman el grupo de "los pobres americanos" (1975, 54); o será "un pequeño género humano," "ni indios ni europeos sino una raza intermedia entre los aborígenes y los usurpadores españoles" (1975, 55). Esta misma tensión aparecerá años después en el discurso pronunciado ante el congreso de Angostura, donde Bolívar reiterará: "No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles" (Bolívar 1976, 104). La capacidad de desplazamiento que adquirió la voz criolla se convertirá en una de sus características más resaltantes y en la base sobre la cual iba a fundamentar su perdurabilidad. Este desplazamiento permite incorporar las imágenes del otro popular, rural o urbano, cuando su presencia es requerida con el fin de respaldar el carácter totalizante a que aspira la voz del sujeto republicano.

Uno de los discursos centrales del período inmediatamente posterior a las guerras independentistas será el tratado histórico que se encargará de fijar los linderos identitarios de las recién fundadas repúblicas. Como lo ha señalado Inés Quintero:

En el empeño de crear los fundamentos de la nueva nación se construye una historia que permita cohesionar las tendencias disgregadoras, unificar los intereses diversos y agrupar las tendencias dispares hacia un solo objetivo: la patria. Es el nacimiento de la Historia Patria, cargada de triunfos, héroes míticos, logros imperecederos, símbolo de perfección y modelo de virtudes ejemplificantes cuya función esencial es avalar y consolidar la ejecución del proyecto que se pretende adelantar y cuya meta, según esta particular lectura, no es otra que darle continuidad a la hazaña iniciada por los libertadores. (Quintero 1996, 70–71)

A esta tarea, entre otras relacionadas siempre con la configuración institucional de la independencia cultural americana, se dedicará Andrés Bello. En un artículo publicado en la prensa chilena en 1848, hará explícitas algunas de las fuentes en las cuales se basa su discurso histórico. Allí consignará no sólo el uso de "los documentos y los textos originales" sino también su deuda con "las tradiciones nacionales de las poblaciones menos conocidas y las antiguas poesías populares." Afirmó que le han "suministrado muchas indicaciones acerca del modo de existencia, los sentimientos e ideas de los hombres en los tiempos y lugares" a los cuales su historia se refiere (Bello 1976a, 182). En otro artículo, Bello afirmará, "Cuando la historia de un país no existe sino en documentos incompletos, esparcidos, en tradiciones vagas . . . es preciso compulsar y juzgar, el método narrativo es obligado" (1976b, 196). Optando así por la forma narrativa en lugar de

analítica, Bello se propone “dar una especie de vida histórica a las masas de hombres como a los personajes individuales” (1976a, 182), sobre la base del conocimiento de las fuentes europeas que se encarga de citar profusamente en los artículos mencionados.

El discurso histórico como narración en la que cobran vida hechos y personajes será, entonces, desde los primeros tiempos republicanos, una de las formas más autorizadas del criollismo del siglo XIX. Su apelación a fuentes populares y tradicionales reforzará el lugar de enunciación de un letrado con la suficiente autoridad para recoger fragmentos dispersos de la tradición que articulará y dará forma de relatos identitarios para construir con ellos una historia que no había sido narrada antes de manera completa. La autoridad del letrado se construirá así sobre su capacidad de leer simultáneamente los textos disímiles que ofrece la tradición tanto americana como europea y de construir un discurso que sea el lugar de contacto en el que estos textos puedan encontrarse sin contradicciones evidentes (Pratt 1993, 83–102).⁷

Un movimiento semejante será el realizado desde otro espacio del saber, la geografía. Una vez que se consolida la separación de Venezuela de la Gran Colombia, se inicia lo que Rafael Castillo ha llamado “un vasto proceso de relecturas y reescrituras del pasado que incluyen, de manera urgente, como un requisito imprescindible para emprender las tareas de la modernización, un ejercicio patriótico, agenciado colectivamente, de reapropiación y de autorrepresentación del propio territorio nacional” (Castillo 1997, 61). Así, al impulso de representación de lo propio a través de la escritura de la historia sobre la base de documentos precarios, se sumará el deseo de apropiación geográfica y cartográfica del territorio nacional, sostenido sobre la voluntad del sujeto republicano ilustrado que utiliza los instrumentos que le ofrece la ciencia moderna para representar su propio espacio hasta entonces escasamente conocido.

7. La posibilidad misma de enunciación de ese tipo de discurso obedecía al imperativo de crear una cultura concebida como nacional, lo que permitía desplazar hacia los territorios de la exclusión a las culturas populares de las cuales se nutría: “La concepción nacional de la cultura, al hacerse ésta un contribuyente fundamental en los trabajos de restablecimiento de la estructura de poder interna, y de formulación e instrumentación del proyecto nacional, le ha llevado a desempeñar, igualmente, el papel de factor para el sometimiento y control de las sociedades y culturas aborígenes y negroafricanas, así como el de vehículo para la criollización de la totalidad social. . . . En efecto, si dentro de la estructura de poder interna previa a la independencia, la legitimación de la sujeción de los aborígenes, y en general de las llamadas castas y negros, estaba asegurada por el acatamiento del poder real, con su connotación religiosa, en la república sería el concepto de nación el que cumplía esa función, al hacer ciudadanos a todos los pobladores de un territorio determinado, constituido en nación, y al sentar como principio la indivisibilidad del mismo. De esta manera no ya las aspiraciones autonómicas de algunas sociedades indígenas sino su simple renuencia a acatar el nuevo poder quedaron conformadas como delito, cual antes lo habían sido respecto del rey” (Carrera Damas 1988, 123).

Estos discursos ordenadores que toman asiento en la historiografía y la geografía forman parte del amplio movimiento simbólico que puso en marcha la oligarquía conservadora, encabezada por José Antonio Páez, que se instaló en el poder, una vez consolidada la separación de Venezuela de la Gran Colombia en 1830. Los llamados al orden se sustentaron en la incorporación de aquellos sectores que, con su trabajo y su disposición a ser educados, mostraran aptitudes para el ascenso social (Romero 1976, 167). En esta nueva situación, el sector ilustrado se asignó la tarea de educar a un pueblo que consideraba inculto.⁸ En este contexto ya se habían dictado decretos (anteriores a la disolución de la Gran Colombia) por medio de los cuales “se estipula el establecimiento de colegios nacionales por lo menos en todas las capitales de provincia para orientarlos a los fines republicanos del naciente Estado” (Segnini 1995, 14). Entre 1832 y 1839 serán puestos en funcionamiento más de diez colegios en las capitales de los distintos estados del país (1995, 15). Se trata de instituciones que, junto con las dos universidades ya existentes en Venezuela desde el período colonial (la Universidad de Caracas y la Universidad de Mérida) y otras instituciones educativas de carácter privado, “desempeñan a lo largo del siglo XIX un papel significativo en la conformación de uno de los pilares esenciales de la cultura institucionalizada, la educación, como medio para promover y consolidar los códigos, patrones y valores dominantes en la sociedad. Además, a pesar de sus limitaciones, constituyen verdaderos centros de convergencia de la acción intelectual en las regiones a las cuales pertenecen” (Segnini 1995, 15–16).

Alrededor de estas instituciones educativas se irá forjando un sector intelectual de composición variada. Como bien lo ha apuntado José Luis Romero, entre los republicanos se perfilaron muy pronto dos tendencias: la de aquellos sectores conservadores que condenaron la guerra y sus secuelas como un proceso anárquico y sin rumbo; y la del sector de tendencia liberal que intentó incorporarse a las luchas que la sociedad emergente libró por mantener y ampliar la beligerancia obtenida durante las guerras de independencia (Romero 1976, 171). Entre estos últimos se contarían los intelectuales que prestaron un oído atento a las necesidades de democratización cultural que pusieron de manifiesto las sociedades recién independizadas.

Esta lucha fue codificada simbólicamente por la intelectualidad urbana como una lucha del espacio rural contra el espacio urbano. Nacieron así los dos bandos que se disputarían el poder hasta finales del siglo XIX.

8. En este momento, se establecen las primeras disposiciones legales que liberan de carga fiscal la importación de imprentas y de materiales de todo tipo relacionados con la industria de los impresos. Se ha calculado que entre los años 1831 y 1843 se dedicó a gastos de impresión entre el 25 por ciento y el 50 por ciento del presupuesto nacional. Esta cifra tiene relevancia en un presupuesto que no llegó a superar los dos millones y medio de pesos (ver Nieschulz 1981, 14).

Los grupos ilustrados que se fueron consolidando a lo largo de la primera etapa republicana debieron articular, entonces, dos grandes líneas de configuración de la realidad. Aquellos discursos sostenidos sobre la temporalidad lineal de progreso (cuyo modelo era Europa y particularmente la ciudad de París) junto a las discursividades arraigadas en una espacialización particularizadora, para la cual el modelo era la vida rural en la que sobrevivían los restos coloniales pero también “la esencia” de lo nacional. La tensión generada por estas dos líneas se tematiza de manera recurrente en la polarización universalismo-criollismo, como otra cara del contraste urbano-rural y de las luchas políticas entre centralistas y federalistas, cuyos linderos programáticos no siempre resultaron claros. El agenciamiento de estas contradicciones y tensiones marca, en gran medida, el proceso de configuración de los sectores ilustrados venezolanos.

Una de las tareas a las que se dedicó la intelectualidad “neoclásica y romántica” (Picón Salas 1984, 73) fue precisamente la de agenciar las tensiones a través del estudio de la historia reciente, que debía ser enseñada a los nuevos ciudadanos como modelo de unidad. La nación se comenzó a construir, entonces, sobre la imagen de los héroes de las batallas de la independencia. Pero la búsqueda de un piso histórico para la república recién fundada tropezaba con la misma carencia que habían apuntado tanto Bolívar como Bello a principios de siglo, tal como señaló Juan Vicente González en un texto de 1859: “Ciertamente que es difícil, en medio de la escasez de documentos sobre algunas épocas, y de [la] falta de apuntamientos y memorias, que guíen en el laberinto de otras y en la averiguación de hechos importantes, controvertidos o dudosos, seguir a Venezuela a través de sus vicisitudes políticas, unida a España o combatiéndola, haciendo parte de Colombia o rompiendo la unidad y constituyéndose independientemente” (J. V. González 1962, 157–58).

Ante esta falta de documentos, Juan Vicente González, autor de las más importantes biografías del siglo XIX venezolano, realizará una de las tareas que, ya para el momento, sería clave del quehacer intelectual: la construcción voluntarista de una tradición nacional en aquellos espacios en los que se carece de evidencias. El autor reportará un doble movimiento en su empeño de seguir adelante con el plan trazado de escribir la historia nacional a través de sus héroes. El primero abrirá su plan de trabajo: “Nacido un año después que Venezuela dio su grito de independencia, criado en medio de los furores de la guerra a muerte y al ruido de sus combates y victorias, crecido entre las tempestades civiles que precedieron a su organización definitiva y a su breve edad de oro, pertenezco a todas sus épocas por algún punto, conozco sus hombres y las pasiones o intereses que los movieron, los acontecimientos, su enlace y causas; y voy a escribir sobre ellos” (J. V. González 1962, 154).

La autoridad de la voz del letrado testigo, que habla en primera persona, muestra aquí una clara voluntad de autolegitimación. Y esa autoridad

le permitirá al hombre de letras que fragua la historia patria avanzar en el trabajo de escribir sobre ciertas épocas “de [las] que no han quedado monumentos escritos” (González 1962, 162). Para tal propósito usará un método cercano al mencionado por Andrés Bello: “Recogiendo tradiciones, repasando autógrafos medio destruidos por el tiempo, después de años consumidos en buscar al acaso, en un país donde no hay bibliotecas públicas ni privadas y donde los antiguos documentos han perecido por el tiempo, los temblores, la guerra y el abandono, he zurcido con noticias de acá y allá, supliendo y adivinando en ocasiones, una historia de sesenta años, auténtica, las más veces, y algunas, probable” (1962, 162).

Aquí, una vez más, el discurso que dará pie a la identificación de lo nacional se sostiene en el lugar que ocupa la voz que lo enuncia. Una voz criolla que se permitía “zurcir,” “supliendo y adivinando,” la probable historia de la nación. Durante las primeras décadas de la república, el lugar de autoridad del letrado en la reconstrucción de una idea de lo propio no sería discutía. Pero ese lugar no iba a ser siempre el de los antiguos papeles con los cuales el intelectual se retira a escribir la historia patria.⁹ La construcción de un espacio para el discurso sobre lo nacional tomará, desde los años cuarenta del siglo XIX, un camino de mayor beligerancia a través de la prensa que difunde las ideas y las largas polémicas en un tiempo de convulsiones políticas. La prensa en la que se debatieron los problemas de los primeros tiempos republicanos no era una prensa diaria sino “mensual, semanal o bisemanal” (Cuenca 1980, 93).¹⁰ En ella se expresan los primeros intelectuales de la república en proceso de consolidación: “Un aire humanístico flota en las páginas de los periódicos de la oligarquía conservadora, ámbito del clasicismo que se observa ya desde el *Correo del Orinoco* (1818–1822), periódico cuyas ediciones algunas veces fueron trilingües. Periodismo de eruditos y polígrafos que lleva a la prensa traducciones interlineadas de clásicos y se propone rescatar la sustancia cultural de la antigüedad clásica” (J. V. González 1962, 91).

9. El tema central de esta historia es la Guerra de Independencia. Como ha señalado Germán Carrera Damas, es una historia escrita por y para el sector dominante: “Bien podría decirse que se trata de una historiografía heroica para los héroes, pues al sentar la afirmación desde entonces siempre repetida de que la Independencia fue obra concebida por un puñado de aristócratas ilustres, y realizada por unos cuantos más heroicos guerreros, contra la oposición cerrada de un pueblo ignorante de su propio bien, ponía la primera piedra en la edificación de las ideologías antipopulares actuantes hasta el presente. En el lapso inmediato posterior a la guerra, esta subestimación del papel del pueblo en el logro de la Independencia—que constituye una de las más escandalosas y tendenciosas falsificaciones de la historia de Venezuela—así como la subestimación de los valores no militares cual consecuencia de la exaltación apabullante de los militares, convenían muy propiamente a los intereses de los grupos oligarcas que ejercieron el poder durante el siglo XIX” (Carrera Damas 1976, 81).

10. Los primeros periódicos que aparecieron diariamente después de la Guerra de Independencia tuvieron una vida bastante efímera. Ellos fueron el *Diario de Avisos* (1837) y *La Mañana* (1841) (ver Cuenca 1980).

En esta prensa de estilo romántico y de aparición algo irregular se darán a conocer los autores nacionales antes de que salgan de las imprentas los primeros libros editados en la república, que datan de 1844 (J. V. González 1962, 91). Frente a ese periodismo de eruditos se inaugurará un periodismo de oposición al aparecer *El Venezolano*, dirigido y redactado por un agitador profesional de la pluma, Antonio Leocadio Guzmán.¹¹ En este periódico, que fue su tribuna política, Guzmán se dedica “a escribir y a hablar un lenguaje directo que llegaba al pueblo,” según Mariano Picón Salas (1984, 70). Su mayor virtud es la de abrir un espacio de disenso en el que sea posible desplegar la voz del intelectual combativo en alianza con los “excluidos [d]el derecho a participar” (1984, 71). *El Venezolano* apareció encabezado con el epígrafe “Más quiero una libertad peligrosa que una esclavitud tranquila,” y ejerció su influencia opositora entre 1840 y 1846. En el segundo número, bajo el título “La nación y los partidos,”¹² el intelectual liberal establece las bases de su programa: “Discurrir es una necesidad del hombre; hacerlo con independencia, un derecho inalienable; tolerarlo en los demás, un deber sagrado. He aquí, pues, el origen de los partidos. Donde haya libertad, donde el hombre tenga un derecho siquiera, y un deber social, aquel derecho será el de pensar y, el deber, el de tolerar el pensamiento, y allí habrá necesariamente partidos” (Guzmán 1983, 175).

El derecho a la discusión que abre este periódico es concebido como la base misma de la construcción de una nación soberana. Así lo expresa Guzmán en una carta pública dirigida al entonces presidente de la República, ante quien expone: “Abrid . . . con vuestro ejemplo, la discusión, la indagación patriótica de lo que convenga a Venezuela. La discusión es necesaria para que el roce de las opiniones produzca la luz que necesitáis. Os es indispensable la ayuda de vuestros compatriotas. Sabed, señor, que para eso es imprescindible que existan esas dos grandes banderas de los países libres y cultos: Ministerio y Oposición.”¹³ Una vez más, en los planteamientos de Guzmán aparece la doble línea discursiva de los primeros pensadores republicanos: el discurso de lo propio se recorta sobre una imagen de lo ajeno que se concibe como meta. Esos países “libres y cultos” que se evocan como

11. El ejercicio del periodismo estaba regulado en ese momento por el Código de Imprenta sancionado en 1839, según el cual la libertad de publicación está limitada por los delitos de sedición, infamia, obscenidad y subversión. Cada uno de estos delitos podía ser imputado a los autores de textos o a los dueños de imprentas, en caso de que el autor no fuese conocido. Sin embargo, “no eran enjuiciables los escritos en los cuales se tacharan los defectos, faltas, ineptitudes del empleado público” (Nieschulz 1981, 21–23). En esta excepción se amparó Guzmán, lo que no impidió que fuera llevado a juicio por un escrito publicado en *El Relámpago*, periódico editado en la imprenta de su propiedad.

12. Este texto fue publicado originalmente en el no. 2 de *El Venezolano*, correspondiente al 31 de agosto de 1840. Todos los textos son tomados de Guzmán (1983); se señala a final de cada cita sólo el número de página.

13. Texto publicado originalmente en el no. 11 de *El Venezolano*, correspondiente al 26 de octubre de 1840 (Guzmán 1983, 195).

bandera constituyen la temporalidad lineal del progreso sobre la cual se inscribe el relato identitario. Cuando un año después de su primer número, Guzmán hace un recuento de la labor cumplida en *El Venezolano*, reitera la prédica en que destaca la necesidad de la oposición, basándose en “la madurez” del pueblo:

Venezuela quiere *discusión*, no la teme, la protege; es pueblo adelantado. En la escuela de sus propios reveses y de sus propios triunfos, ha adquirido un instinto infalible. Venezuela sabe, sin necesidad de falsos consejeros y mentidos profetas, cuál es la conciencia, cuál es el deseo íntimo del mandatario, del escritor, y de cuantos quieren intervenir en la causa pública. Ella penetra en el pecho de la *oposición*, la encuentra justa, libre, candorosa, y rebozando en fe por las instituciones patrias, por el orden público y por todo linaje de progresos. Ella penetra en el corazón de ciertos mandatarios, y hállalos henchidos de ambición, insaciables de mando, perseverantes en sus enconos, tortuosos en sus deseos, e incapaces de hacer justicia a todos, y ser comisarios verdaderos de la nación. Merced a tantas lecciones, este pueblo *conoce bien y es dueño de su suerte*. (Guzmán 1983, 210–11, énfasis en el original)¹⁴

Lo que está en juego en el discurso opositor que inicia Guzmán era una concepción de la voz del letrado como voz del pueblo cuya conciencia expresa. “La opinión nacional” será en adelante el respaldo legitimador del letrado. Se trata de construir un lugar de enunciación para un tipo de discurso consensual elaborado a una distancia crítica del gobierno.¹⁵ Desde la separación de Venezuela de la Gran Colombia hasta ese momento en que Guzmán da los primeros pasos hacia la fundación de un partido de oposición que después se llamaría Liberal, el grupo de letrados republicanos (incluyendo al propio Guzmán) había estado vinculado de manera muy cercana a la oligarquía que fundó la república independiente, a través de la participación en la elaboración de su aparato legal y la creación y consolidación de sus instituciones civiles. Desde la apertura de este lugar de disenso, Guzmán y el grupo de intelectuales que con él hace proliferar una prensa de agitación y propaganda opositora manejarán con astucia el descontento político y social que no había logrado apaciguar la oligarquía conservadora.

El cauce que abre la prensa de oposición a mediados del XIX será también el lugar por el que se filtrarán nuevos géneros periodísticos—la caricatura política, el texto satírico y la crónica costumbrista entre otros—y a través de ellos, un nuevo modo de tratar los asuntos nacionales y de configurar una idea de la nación y sus ciudadanos. Se apelará en términos retó-

14. Texto publicado originalmente en el no. 68 de *El Venezolano*, correspondiente al 27 de septiembre de 1841, bajo el título “La Oposición.”

15. Si bien no se puede afirmar que en este momento se pone a circular por primera vez la idea del debate público (el período independentista fue un espacio de beligerancia evidente), sí puede afirmarse que en este momento se comienza a deslindar la discusión de ideas de la acción política o militar directa. En este momento comienzan a sentarse las bases para la formación de una opinión pública que busca el consenso político por la vía del debate abierto de las ideas, aunque está claro que este consenso sólo se lograría precariamente en un período posterior.

ricos a la inteligencia innata del pueblo, a la historia heroica del hombre de los campos que llevó a cabo la empresa emancipadora. Sin embargo, una vez más, la construcción de un lugar de enunciación desde donde sea posible elaborar las apelaciones identitarias mostrará tensiones irresueltas. En el periódico *El Relámpago*, que redacta el liberal Tomás Lander, aparecerá una definición de pueblo que delimita los contornos de ese sujeto de la nación al que se apela a mediados del XIX: “*El Relámpago* no se escribe para los sabios, de quienes tienen mucho que aprender sus redactores. Ya se dijo. Tampoco para los logreros, que hartos saben . . . y hartos tienen. . . Este papel se escribe para el pueblo, o más claro, para los agricultores y criadores. . . Se escribe para los industriales y artesanos del país . . .” (Lander 1983, 596).¹⁶

Por un lado, se abre la distancia que separa a estos intelectuales de oposición de “los sabios,” con lo cual se intenta diferenciar el espacio de la prensa de formas discursivas más graves vinculadas al saber académico, en las cuales se expresaban los intelectuales conservadores. Por otro lado, se divide el público receptor en estratos de clara configuración social. Los agricultores, criadores, industriales y artesanos que se mencionan como el público ideal de la prensa de oposición son los sectores medios con expectativas de ascenso que han ido acumulando un descontento político que capitalizará el grupo opositor bajo la bandera liberal. Pero la agitación doctrinaria a la que se dedicó la prensa desembocaría en un suceso que marcó de manera profunda la concepción misma de la labor periodística a mediados del XIX.

Aunque la apelación de los textos opositores se dirigía a grupos medios urbanos, los periódicos liberales fueron conocidos por un amplio espectro del público que no ha sido aún estudiado en profundidad. Algunos historiadores coinciden, sin embargo, en que fue la campaña de la prensa la que dio lugar al levantamiento civil del 24 de enero de 1848, en el que una revuelta popular se enfrentó al Congreso de mayoría conservadora que pretendió desconocer el avance que había obtenido la oposición liberal. Durante estos sucesos, varios congresantes resultaron muertos o heridos, y la opinión pública del momento contempló con asombro el alcance popular que había adquirido la prédica liberal. Los sucesos del 48 serán registrados en la historia nacional como un momento en el que las élites políticas republicanas redescubrieron el poder de convocatoria que podía generar un

16. Texto publicado originalmente en el no. 8 de *el relámpago*, correspondiente al 10 de diciembre de 1843. Cuando en este momento se habla de “artesanos e industriales,” a lo que se alude es a un grupo relativamente pequeño de empresas artesanales dedicadas a la producción de “jabón, sombreros, zapatos, vestidos, muebles, ladrillos, tejas, velas de alumbrar, pieles curtidas, joyas, hamacas, cabestros y monturas, cestos, tinta, trabajos de herrería, de lata y latón, entre muchos otros” (díaz sánchez 1993, 69). Para 1936 el sector manufacturero sigue siendo de muy modestas proporciones. En ese año se cuenta en el país con apenas 8,025 empresas, cuya fuerza laboral no supera los 6,700 empleados y 41,157 obreros. Ver carrera damas (1979, 177).

discurso construido sobre la apelación al sujeto popular urbano. Cuando en 1859 estalle la Guerra Federal que mantendrá al país en jaque durante cuatro largos años,¹⁷ la intelectualidad conservadora insistirá en que la guerra se debe igualmente a la oposición de la prensa liberal.¹⁸ Durante la guerra civil, el periodismo será un arma:

Sobre la hoja periódica, grande y oficial, predomina explosivamente la hoja suelta y ocasional, que forja revoluciones y tumba gobiernos, hasta cuando la asonada victoriosa, en improvisado anafe, hace fundir en guáimaras o perdigones el plomo . . . de los tipos sueltos con que el gobierno en fuga atacaba la revolución. En esta forma, los editoriales y los artículos se convierten en proyectiles que rellenan trabucos y tercerolas. El pueblo no sabe leer, pero entiende, y hasta los versos promueven tumultos populares y provocan jurados de imprenta. (Cuenca 1980, 93–94)

El espacio de discusión que había sido promocionado por un periodismo combativo obtuvo un respaldo popular que los letrados liberales no esperaban. Sin duda sirvió de vehículo para el descontento de sectores que carecían de instituciones civiles desde las cuales organizarse y exigir sus propias reivindicaciones. Así, el sujeto popular—en este caso, tanto rural como urbano—aceptó la apelación que se hacía en su nombre y se lanzó a recobrar el espacio político que había adquirido en la guerra de independencia y le había sido arrebatado. Pero un sector de la intelectualidad liberal se iba a sentir profundamente amenazado por este nuevo sujeto que inesperadamente comprendía y asumía el derecho a disentir del que se habían apropiado los letrados urbanos. Un movimiento de repliegue será entonces lo que produzca hacia finales de la guerra un nuevo consenso entre el grupo intelectual que una vez dominada la insurrección federal volverá a cerrar filas, esta vez bajo una bandera liberal que despojará de toda carga reivindicativa. Al punto que el mismo Antonio Leocadio Guzmán va a afirmar, cuando su hijo Antonio Guzmán Blanco ya esté en pleno ejercicio del poder: “No sé de dónde han sacado que el pueblo de Venezuela le tenga amor a la Federación, cuando no sabe ni lo que esta palabra significa: esa idea salió de mí y de otros que nos dijimos: supuesto que toda revolución necesita bandera, ya que la Convención de Valencia no quiso bautizar la Constitución con el nombre de federal, invoquemos nosotros esa idea; porque si los contrarios hubieran dicho Federación, nosotros hubiéramos dicho Centralismo” (citado en Silva Beauregard 1993, 25).

El gesto descalificador de la causa Federal que intenta hacer aquí el viejo Guzmán será recogido una y otra vez por la historiografía nacional como signo del personalismo y de la ausencia de principios doctrinarios en

17. Para un recuento detallado de los movimientos de resistencia rural que condujeron a la Guerra Federal, ver Matheus (1977).

18. Además de *El Venezolano* y *El Relámpago*, aparecieron en los años cuarenta periódicos de pequeño tiraje y con claros propósitos agitadores: *La Avispa*, *El Jujén*, *El Pica* y *Huye*. Sus títulos indican la apelación popular a la que aspiraban. Ver Cuenca (1980, 93).

el grupo liberal que se opuso a la oligarquía conservadora. Se ha tomado poco en cuenta el considerable lapso que media entre el momento de emergencia de un nuevo tipo de letrado y el momento de su consolidación en el centro de la hegemonía cultural y política. Esa distancia produce la diferencia entre ambos discursos, pero el gesto hegemónico del viejo Guzmán no anula el carácter beligerante del primer Guzmán.¹⁹ Entre uno y otro momento se ha producido el tránsito de un modo de hacer cultura para las élites a una actividad cultural y política dirigida a (aunque claramente no producida por) sectores más amplios, dando lugar a un modo de apelación que presagia la trama populista de la primera mitad del siglo XX. En efecto, en el momento de consolidación del liberalismo hacia finales del siglo XIX, el discurso identitario habrá logrado apropiarse de un tono reivindicativo que sabrá usar en adelante profusamente.²⁰

En este contexto puede leerse la actividad simbólica desplegada por el primer gobierno venezolano consciente del poder de la apelación a las mayorías: el gobierno de Guzmán Blanco. El caudillo liberal no sólo promueve las actividades culturales de la élite ilustrada auspiciando la fundación de las academias de la lengua (1883) y de la historia (1888) sino que bajo su administración se decreta la instrucción pública gratuita y obligatoria (1870). Bajo este gobierno se lleva a cabo “la institucionalización oficial del quehacer artístico e intelectual” (Segnini 1995, 25).²¹ Igualmente, bajo el guzmanato se intentó incorporar y encauzar los signos de democratización cultural a partir de un despliegue publicitario a gran escala (Silva Beaugard 1993, 22).

Así, bajo el gobierno de Guzmán Blanco (que se extiende, directa o indirectamente, a los años desde 1870 a 1887) toma un papel consagratorio el sector de la intelectualidad que va a sostener al régimen a partir de un

19. Para un detallado recuento de la vida y obra de Antonio Leocadio Guzmán y de su hijo Antonio Guzmán Blanco, ver Ramón Díaz Sánchez (1950). Para una revisión de la vida cultural del guzmanato, ver Silva Beaugard (1993).

20. Este “tono reivindicativo” no se materializa concretamente en una abierta democratización cultural sino que más bien señala un cambio en las funciones del letrado del período. Al analizar las funciones de la última etapa del costumbrismo, Javier Lasarte ha sintetizado este cambio en tres movimientos correlativos: “1) la constitución de una tradición . . . , el registro nostálgico y compensatorio . . . de lo que irremisiblemente ha de desaparecer. . . . 2) El moldeamiento moral del ciudadano . . . para lo cual ya no se recurre a gruesas descalificaciones del todo social ni a emblemas simbólicos de la nación . . . sino a tipos morales o individuos de varia extracción, reveladores de diversas culturas de conducta social. . . . Y 3) la frecuente asimilación del otro social, incluso ocasionalmente de los hijos de la barbarie, de su voz y su actitud, como modelos o espacios posibles de una nación ahora concebida en términos más heteróclitos y heterogéneos, y, por tanto, más inasibles, menos identificables, como no sea en términos del individuo ciudadano como producto simbólico de la futura nación burguesa” (Lasarte 1997, 180–81).

21. También en este período aparece *La Opinión Nacional*, el primer diario moderno de Caracas, editado en “la primera imprenta mecánica de funcionamiento al vapor” (Nazo 1987, 113).

doble movimiento de “secularización de lo sagrado y sacralización de la patria” (Segnini 1995, 29–35). En este proceso de consagrar a los héroes civiles como los objetos del nuevo culto patriótico que va a desplazar al campo religioso, para dar centralidad al despliegue de las instituciones estatales, ingresa el positivismo al espectro académico venezolano: “Las ciencias pasan a ser también sustitutos de la religión en retirada. . . . Los jóvenes universitarios se encargarán de defender las ideas positivistas aprendidas en las cátedras de Historia Natural y de Filosofía de la Historia de Adolfo Ernst y Rafael Villavicencio, respectivamente, así como en las asociaciones científicas que al calor del entusiasmo juvenil se crearon a partir de 1862” (Segnini 1995, 35).

De esta escuela positivista va a emerger un grupo intelectual que cambiaría de una manera sustancial los modos de aproximarse al quehacer cultural. Su perspectiva científica y su mirada puesta en las realidades nacionales fue dada a conocer en un tipo de periodismo que es “el ‘catalizador’ del fenómeno social” y donde “la narración histórica se transforma en ensayo sociológico” (Cuenca 1980, 95). Este periodismo de inspiración positivista se enfrenta a la perspectiva universalizante de los escritores moderistas con quienes conviven en un mismo período: “Los positivistas conviven en una misma generación con los esteticistas que cultivan un periodismo más puro y de mejor calidad literaria, cuya característica fue la crónica de arte. Pero en este periodismo modernista de crónica azul y de viajes, de cartas parisinas de tan bien cuidada prosa que puesto al trasluz no arroja sombras, hay ausencia de pueblo, no está impregnado de colectividad y en él todavía se alude a la plebe, al vulgo, a las masas ignaras” (Cuenca 1980, 95).

Es importante puntualizar que el modernismo venezolano no mostraría sólo el rostro estetizante de la literatura de un Pedro César Dominici o de un Manuel Díaz Rodríguez. Al contrario, recoge un amplio espectro de posibilidades entre las que se incluyen obras de un criollismo militante como las de Luis Manuel Urbaneja Achelpohl y de una estética ácrata consensada en la producción de Pedro Emilio Coll “ideológicamente emparentado con el liberalismo radical, el anarquismo, el socialismo utópico y un universalismo mesiánico” (B. González 1989, 93). En el momento en que surge este abigarrado y amplio movimiento, las revistas de variedades conquistan un espacio que hasta entonces no había sido habilitado para el periodismo.

La publicación en la que con mayor frecuencia compartieron espacio estas dos tendencias, a lo largo de veintidós años, fue la revista quincenal titulada *El Cojo Ilustrado*. En esta revista de lujosa encuadernación puede leerse la vida cultural de las élites del país en un momento de intensos cambios. Publicada por primera vez en 1892, la revista dirigida por el empresario José María Herrera Irigoyen muestra el paso del periodismo doctrinario—elaborado con el fin de concientizar y educar a los lectores—a un periodismo de carácter comercial cuyo objetivo central es el sostenimiento económico del medio mismo. Con un tiraje de cuatro mil ejemplares, *El*

Cojo Ilustrado van a convivir “fotograbados y pinturas que intentan rescatar en imágenes, tipos humanos caraqueños que ya habían desaparecido o estaban en vías de desaparecer,” con “la crónica citadina” que “se convirtió en una necesidad . . . en una Caracas ansiosa de emular el fasto parisiense” (Alcibiades 1989, 261). El público al que va dirigida esta revista dista mucho de ser el público popular de la prensa liberal de mediados de siglo. Sus lectores son

aquellos que disfrutaban de bienes de fortuna y, con éstos, los integrantes de la burocracia . . . que se fortaleciera durante los años de Guzmán Blanco; los estratos superiores de la jerarquía militar, frecuentemente objeto de halagos en el quincenario; los profesionales y el personal de confianza que movían los complejos procedimientos del comercio de importación y exportación; y, aun, las altas esferas eclesiásticas que siempre tuvieron para sí amplio espacio en *El Cojo*. . . Todos ellos se sentían representados en la revista. (Alcibiades 1989, 261)

La larga vida de esta publicación se sostendría hasta 1915, cuando la crisis del papel, generada por la primera guerra mundial, lleve a la quiebra a la mayoría de las empresas editoras venezolanas. *El Cojo Ilustrado* sirvió de lugar de ensayo de un nuevo tipo de periodismo para el cual la modernización habilitaba un espacio de circulación privilegiado: el tiempo libre. El periodismo, en adelante, respondería al doble imperativo de proporcionar modelos de comportamiento en el espacio público del ocio y la recreación, así como un marco en el cual el discurso sobre lo propio comenzaba a tomar ese aire de curiosidad antigua que fueron adquiriendo las costumbres locales en contraste con el impulso modernizador proveniente no ya de Europa sino también de los Estados Unidos.²²

En este contexto modernizador finisecular, los intelectuales se preguntan cómo debía ser releída la historia desde los parámetros nuevos de la ciencia positiva, basada en datos concretos, y de los géneros periodísticos, cuyo objetivo es la divulgación. Sobre estos dos pilares se hará una amplia revisión de toda la herencia republicana y se intentará leer las nuevas realidades desde una perspectiva científica que pronto comenzará a desconfiar de los relatos civilizatorios de occidente. En este momento, emerge con características distintivas la configuración de un lugar de enunciación para el

22. A este proceso contribuyó sin duda la folclorización de las culturas populares así como su despliegue en los espacios museísticos creados para tal fin. Los discursos sobre el folklore nacional se iniciaron en Venezuela con las publicaciones de Aristides Rojas, a partir de 1895 (Acosta Saignes 1962, 9). Con respecto a la creación y desarrollo de espacios museísticos, los primeros ensayos (no siempre consumados en exposiciones permanentes) datan de 1844, cuando se realizó en el país la Primera Exposición Nacional. El primer Museo Nacional, sin embargo, no tenía una sede propia hasta 1875. En esta sede, “El Museo Nacional albergaba en su seno material etnográfico, zoológico (animales disecados), mineralógico (colección de José María Vargas), arqueológico (instrumentos musicales indígenas), paleontológico (osamentas prehistóricas) e histórico (el pendón de Pizarro, las mazas del Cabildo).” Al respecto ver *Diccionario de historia de Venezuela* (Fundación Polar 1988, 2:1043–47).

discurso criollista en el que ocupará un peso específico la especialización del letrado que, debido a su capacidad de asimilar y manejar herramientas metodológicas de las ciencias sociales, es el mediador por excelencia entre las realidades nacionales y sus soluciones teóricas.²³

Lo que se ha llamado la generación positivista, que se inicia en los años de 1880 en las aulas universitarias, ejercerá una considerable influencia en el pensamiento venezolano y en todas las áreas de la producción cultural.²⁴ El hecho de que sus más fructíferos pensadores hayan sostenido las dictaduras de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, entre finales del XIX y principios del XX, ha impedido que se estudie en profundidad la transformación que promovieron en el campo cultural venezolano.²⁵ El objeto central de la prédica positivista será la revisión profunda de la historia patria, comenzando por la relectura de las mismas guerras de independencia, las cuales son replanteadas como guerras civiles, como el enfrentamiento entre hordas regidas por guerreros personalistas. Del mismo modo será releída la larga disputa entre liberales y conservadores a todo lo largo del XIX como una lucha ciega por el poder entre caudillos sin programa político ni doctrina filosófica. Laureano Vallenilla Lanz y José Gil Fortoul serán los sostenedores de estas tesis en las que la historia patria parece cobrar un nuevo sentido.

En su libro *El hombre y la historia: Ensayo de sociología venezolana* (1896), José Gil Fortoul sentará las bases de este nuevo tipo de discurso historiográfico. Allí criticará a las generaciones de historiadores anteriores al sostener que “se contentan frecuentemente con observar y caracterizar las costumbres nacionales, para elogiarlas ó censurarlas, sin buscar ni analizar sus causas naturales” (Gil Fortoul 1896, ix). Frente a ese discurso heredado de la tradición, los nuevos historiadores comenzarán por llamarse “sociólogos,” estableciendo así un nuevo espacio del saber para su propia prácti-

23. Si bien la tendencia historiográfica positivista emerge en estos años, el tipo de intelectual que se puede considerar “orgánico” del régimen del guzmanato es aquel intelectual tradicional (y en muchos sentidos ya anacrónico) que se encarna en la figura de Eduardo Blanco (1839–1912). Su historia novelada de la guerra de la Independencia, *Venezuela heroica* (1881–1883), se constituyó en el texto histórico paradigmático del grupo intelectual adscrito al dictador. Al respecto, ver B. González (1997, 36–46).

24. El período que cierra el siglo XIX en Venezuela no implica, en términos culturales, un cambio fundamental. Guzmán se separa voluntariamente del poder en 1884, y sus sucesores mantienen lo que se ha llamado “un guzmancismo sin Guzmán” hasta el asalto al poder en 1892 de Joaquín Crespo. Los años que transcurren entre el gobierno de Crespo y el de Castro, que se inicia en 1899, serán de inestabilidad económica y política pero no ofrecerán una ruptura en términos culturales, ya que el pensamiento positivista y el movimiento estético modernista serán el puente entre la última etapa del guzmancismo y las dictaduras de Castro y Gómez. Ver Miliani (1985, 216–24).

25. Con respecto a la generación positivista y su influencia en la política, ver Picón Salas (1984, 127–28) y Pino Iturrieta (1978). Para una revisión del proceso desde una perspectiva científica, ver Barreto (1994).

ca discursiva. Para esta “el problema esencial . . . consiste menos en caracterizar ciertas ó todas las costumbres existentes que en determinar sus causas, y en averiguar por qué difieren de un medio étnico y físico a otro, y por qué y cómo se transforman en el mismo medio social, al propio tiempo que las leyes, unas veces, y casi siempre antes que éstas” (1896, xvii).

Sobre esta idea central, el libro desplegará un tipo de discurso con pretensión de neutralidad sobre el cual descansará el relato identitario nacional que se escribe desde la academia. Así, hacia el final de la presentación de su texto, Gil Fortoul advertirá: “Si el lector observa que nuestros juicios, conclusiones y conjeturas difieren radicalmente de los postulados, en general gratuitos, que forman la trama de las pasiones y contiendas políticas, observe también que el autor circunscribe su ensayo en el campo neutral de la especulación científica, y que, según la máxima de Spencer, todo autor que considera una teoría como verdadera e importante, tiene el deber de propagarla, sin preocuparse de sus resultados, cualesquiera que sean” (Gil Fortoul 1896, xix–xx).

Desde esta premisa, el texto de Gil Fortoul se propone hacer un análisis de los elementos que considera centrales para comprender “el estado actual de la República.” Estos elementos son “la raza, el medio físico, la evolución histórica y las hipótesis corrientes del doctrinarismo político.” A partir de aquí, el historiador no sólo va a definir la situación del presente sino que también intenta indicar “cómo y en qué sentido se realizará probablemente la transformación nacional que algunos presienten ya y que todos desean” (Gil Fortoul 1896, xix). En este plan de la obra de Gil Fortoul aparece una perspectiva que no había sido puesta en evidencia con anterioridad.

Los historiadores de principios y mediados del XIX limitaron su escrutinio del pasado a proyectar sobre la historia patria sus anhelos y a llenar los vacíos que la ausencia documental forzosamente dejaba en el discurso sobre la historia. La primeras generaciones de historiadores positivistas elaboran su discurso sobre la construcción de una certeza científica para la cual el vacío documental no existe: allí están las razas, el medio físico; allí están los textos doctrinarios, la constitución y las leyes, para dar cuenta del modo como la nación ha construido sus instituciones y sus tradiciones. La construcción de esta certeza llevará a Laureano Vallenilla Lanz a proponer una de las tesis más audaces de la historia nacional que aun hoy se discute: la de la guerra de independencia como una guerra civil. El argumento central de su propuesta se sostiene sobre el análisis de la relación del medio ambiente y la raza de aquellos llaneros que con su apoyo a realistas o republicanos, de manera alternativa, decidían la suerte de las batallas. Para estos grupos nómadas, según este autor, “la idea de patria estaba vinculada de manera exclusiva al pedazo de tierra que pisaban sus caballos. . . . Sus móviles inconscientes los impulsaban a apartarse de todo centro permanente y a constituirse en clanes o grupos feudales” (Vallenilla Lanz 1988, 210). Esos grupos que Vallenilla denomina “hordas semibárbaras” serán los que aportarán

“los gérmenes poderosos que iban a determinar los rasgos inconfundibles del Carácter Nacional” (1988, 210). Estos rasgos serían “La conciencia del valor personal, la altivez, el espíritu igualitario, la hospitalidad caballeresca, la lealtad como base de la moral política, la tendencia a las aventuras descabelladas, al mismo tiempo que la incapacidad orgánica de constituir gobiernos estables, que es una de las características de los pueblos pastores, y de sustentar aristocracias, oligarquías o clases privilegiadas; la indiferencia religiosa y la aptitud a la abstracción y a la poesía que se encuentra en muy alto grado entre los nómadas” (1988, 210).

Como en ningún otro momento de la configuración de los relatos identitarios nacionales, los positivistas construyeron una amplia argumentación científicista que culminó en la definición, casi opresiva, de los rasgos del llamado “carácter nacional.” De esta definición se nutrirían en gran medida los textos criollistas, aún los de aquellos de tendencia políticamente opuesta a los sustentadores de las dictaduras de Castro y Gómez. El poder interpelativo de este relato identitario surge de su capacidad de colocar en un mismo lugar una metodología “científica” y una aspiración política. En efecto, la conclusión a la que llegarían los teóricos positivistas, a partir de esta definición del “carácter nacional,” sería a la formulación de la llamada Doctrina del Gendarme Necesario que justificó, por cuarenta años, la presencia de gobiernos dictatoriales al mando del país. Según esta doctrina, el carácter dispersivo de las masas populares nacionales sólo podía ser contrarrestado y apaciguado por la personalidad avasallante de un caudillo único que gobernara con mano dura.

Junto a la emergencia de nuevos modos de concebir la sociedad desde la perspectiva científica, surgirá hacia finales del XIX y hará eclosión ya para los años veinte “el problema” del sujeto femenino. Como puede notarse en el recuento anterior, todos los discursos relacionados con la construcción de un relato identitario nacional se elaboraron alrededor de la participación pública de los miembros del género masculino, que pertenecían a un sector social específico. Sin embargo, la participación de la mujer en actividades cada vez más relacionadas con el espacio público—como maestras, parteras, vendedoras, artesanas, escritoras, compositoras e intérpretes de alto nivel—obligó al sector letrado masculino a incorporar en su discurso sobre la nación a ese sector de la población que estaba tomando terreno debido a su participación efectiva en la construcción del espacio social nacional. Resulta evidente, sin embargo, que la incorporación de la figura femenina en el relato identitario obedeció a la necesidad de regular la participación de este sujeto emergente más que a la intención de incorporarlo plenamente al imaginario nacional como sujeto activo e independiente.²⁶

26. Con respecto a este punto, en un estudio realizado a partir de discursos médicos y legales del siglo XIX, se sostiene que el discurso sobre la mujer en los textos de este periodo “no es otra cosa que un gran esfuerzo desplegado en rodear a la mujer de un manto de pro-

Al margen de los resultados que producirá esta aproximación a la realidad nacional, queda claro que los positivistas venezolanos han desplazado el lugar de enunciación del discurso identitario hacia un terreno con vocación científica, en el que los datos concretos de la realidad servían de base para la reflexión cuidadosa. El método científico servirá entonces para legitimar la voz del letrado que, al leer la historia nacional sobre nuevas bases, parece tener la última palabra en el proceso de emitir los relatos identitarios, esta vez impregnados de una erudición positiva.²⁷ Si las primeras generaciones de positivistas tiñeron sus análisis de un sesgo político favorable al régimen dictatorial, las generaciones posteriores se distanciaron de la tarea de formular sustentos “científicos” para el régimen y se dedicaron cuidadosamente al levantamiento de datos de la realidad circundante con el fin de salvar los vacíos existentes en el conocimiento de la historia nacional.

El ejemplo más completo de este nuevo intelectual es Lisandro Alvarado, “erudito en lenguas muertas y vivas, en Ciencias biológicas, en Lingüística, Etnografía y Ciencias Sociales” (Picón Salas 1984, 133–34). Lo interesante de este nuevo tipo de letrado no es lo que ha aprendido en las aulas sino el método de aproximación a las fuentes que utilizará para su labor científica:

Practicando las más diversas profesiones, y hasta cambiándose de nombre . . . , recorre todos los caminos de Venezuela. Pasa largas temporadas entre los indios Caribes del Estado Anzoátegui, aprende su idioma y escribe documentadas monografías sobre ellos. . . . En los caserones de provincia, en los “hatos” del Llano, conversa con los viejos lanceros y caudillos de la Guerra de la Federación buscando testimonio vivo, localizando la topografía, recogiendo las anécdotas que ha de utilizar con los documentos, periódicos y cartas privadas, en su Historia de la Revolución Federal. (Picón Salas 1984, 134)

En este erudito que recorre palmo a palmo el territorio de la patria puede verse la figura inversa del letrado que inauguró el discurso criollista republicano. En Alvarado el relato identitario es dato empírico, saber etnográfico adquirido en el terreno específico en el que se produce, conocimiento directo de gentes, lenguas, testimonios y documentos proporcionados de primera mano por los protagonistas de las historias que cuenta. Este erudito no llena los huecos que la historia deja con su imaginación sino que muestra cuando el documento falta la ausencia de evidencia. Así afirma, al momento de consignar las fuentes que habían servido de base para su

tección. . . . Lo que se colige es el esfuerzo por controlar su presencia y los límites de sus derechos” (Nóbrega 1997, 14).

27. Josefina Ludmer sugirió que la “mirada científica” que se gesta en las ficciones identitarias de finales del siglo XIX permite clarificar una frontera y producir las “lógicas de la diferenciación” que ordenarían el mapa de la modernidad finisecular, de cara a la reformulación del estado liberal (Ludmer 1999, 143–44).

libro sobre la Guerra Federal: "La historia contemporánea tiende á hacerse cada vez más positiva y filosófica. Una afirmación cualquiera necesita ser pesada y examinada en cuanto á su origen y su valor, y luego verificada y comparada. . . . Numerosas no son las apreciaciones personales del cronista, por temor de errar á cada paso" (Alvarado 1909, 539).

El temor a errar si una afirmación no está sostenida por un dato que la respalde será la actitud privilegiada que este tipo de letrado erudito y exhaustivo opondrá a las actitudes poco rigurosas de un sector de la intelectualidad para el cual la configuración de relatos identitarios sigue sosteniéndose sobre la capacidad especulativa del autor. Es en este sentido que Alvarado hace una de las críticas más demoledoras al criollismo de principios del siglo XX. En un texto titulado "Literatura venezolana," Alvarado comenta ciertos poemas publicados a propósito del homenaje hecho por *El Universal* al poeta Andrés Mata en el que autores zulianos evocan "la anquilada existencia de los habitantes del Zulia" con textos titulados "La venganza de Yaurepara," "Los hijos de Parayante" y "Aramare" (Alvarado 1958, 67). Con respecto a estos poemas dice, "Obedecen al pensamiento, hace algunos años concebido y en parte realizado, de establecer en nuestra patria una literatura *criollista*, que conforme su nombre lo significa, consistiría en dar una forma estética a las manifestaciones características de nuestra vida nacional contemporánea, y también a la que, vencida por el conquistador, nos ha precedido en la tierra que ahora pisamos" (Alvarado 1958, 67, énfasis en el original).

A continuación sostiene Alvarado que el criollismo que aspira a representar la vida del venezolano contemporáneo ofrece posibilidades fecundas, porque se trata de una "fuente literaria" que está a la mano de los autores que participan de ella en su vida diaria. Sin embargo, afirma, no sucede lo mismo cuando se intenta representar la tradición indígena: "La otra fuente ofrece algunas incertidumbres y dificultades. Ideas, costumbres, tendencias, aliento vital, psicología de las tribus indígenas, pueden llegar a nosotros mediante la tradición, o la historia, o mediante la observación de esos nuestros semejantes. Mientras más se compenetran aquellas y el que las estudia, más perfecto y fiel será el cuadro que éste producirá, con tal que estudios y observaciones carezcan de prejuicios y de ídolos, como diríamos en lenguaje baconiano" (Alvarado 1958, 67). Para Alvarado, el indígena no es un tipo extinto, un personaje de leyenda sino "esos nuestros semejantes" quienes (como él mismo ha constatado al vivir entre ellos) tienen un modo de vida que no cabe en los moldes de la cultura occidental. Así Alvarado prosigue su razonamiento, poniendo en duda la capacidad de representación que ofrece la tradición literaria heredada de occidente a la cultura indígena:

Conviene desde luego, preguntarnos si los resortes comunes de la poesía y la retórica indoeuropeas son aplicables a la psicología americana, en el designio de cautivar el interés del lector y de imprimir en él las más nobles emociones, que son los

propósitos del poeta. . . . Poner en boca de una heroína, de una protagonista, en un poema o romancero criollo, el mismo lenguaje, los mismos ademanes, la misma idealidad y ternura que supondríamos en un personaje de procedencia ariana, sería un error profundo y una ficción inadmisible. (Alvarado 1958, 69)

Alvarado sostiene su propuesta en el hecho de que la mujer indígena "ocupa el mismo puesto, respecto del hombre, que el que tiene el sexo femenino en la escala animal inferior" (1958). Pero sus objeciones no terminan allí. El erudito finaliza su razonamiento contra la novela y la poesía criollistas con un dato incuestionable: "Otro hecho igualmente comprobado, es aun más pernicioso y cruel para el criollismo. La palabra 'amor' no existe en ninguna de nuestras lenguas indígenas. Es, pues, demás buscar ese mundo de ficciones, esas vívidas lucubraciones, esas místicas contemplaciones que surgen como por encanto de aquella palabra mágica" (Alvarado 1958, 69).

Alvarado no está haciendo aquí una simple petición de "realismo" a la intelectualidad que promueve la literatura criollista en Venezuela. Está mostrando la incompatibilidad de un género literario de origen europeo con las realidades culturales americanas, sobre todo cuando éstas se refieren a la población indígena. Insinúa así que el discurso sobre "lo criollo" debe permanecer en el terreno de la realidad contemporánea a los autores. De este modo se evitaría incursionar en el terreno, ya tomado por la disciplina científica de la etnografía, de la representación de los grupos étnicos que, aunque "vencidos," existen de hecho en algunas zonas del territorio nacional y tienen una vida cultural propia y viva que no debe ser representada desde moldes que le son incompatibles. Este es quizás el momento en que se nota con mayor claridad un estado si no de separación al menos de deslinde de las ramas del saber que se encargarán de representar lo propio desde especialidades cada vez más diferenciadas. El saber etnográfico y lingüístico delimita de este modo un espacio que marcará el horizonte del criollismo literario, cuyos representantes deberán tomar en lo sucesivo la precaución de documentarse prolijamente antes de pronunciar palabra sobre las tribus nativas.

Pero la discusión que establece Alvarado con sus contemporáneos no se queda solamente en la exigencia de acercarse a las fuentes y de estudiar con mirada científica las realidades nacionales. Alvarado, hacia el final de su carrera, se permitirá también dudar de la misma herencia positivista en la que ha sido formado. En 1923, al ser designado miembro de la Academia Nacional de la Historia, Alvarado pronunció un discurso titulado "El movimiento igualitario en Venezuela." Aquí propone una objeción de fondo a la ciencia nacida en Europa:

Observemos, desde luego, en cuanto al criterio histórico, cuán indefinido es el objeto y cuán vagos los principios de esa moderna ciencia que han llamado sociología, cuyos lineamientos son tales que los nombres escogidos para ella han parecido todos defectuosos. Tengamos también presente cuán restringido y relativo es el concepto jafético de las leyes sociológicas imaginadas por los sabios europeos con

el intento de aplicarlo a la humanidad entera. A causa de que la ciencia moderna ha tenido su cuna en Europa, y de que se ha propagado sin dificultad entre los pueblos indogermánicos paralelamente con el cristianismo, tiénese como tipo de la sociedad humana lo que ha prevalecido en los pueblos occidentales. Lo demás ha parecido barbarie y gentilismo, como si fuese condición innata del hombre agruparse para siempre bajo la razón social de Grecia y Roma. (Alvarado 1958, 362)

El gérmen de todas las objeciones que se harían desde mediados del siglo XX a la perspectiva eurocéntrica de las ciencias sociales está ya presente en este texto de Alvarado. La herencia crítica que va a dejar la escuela positivista dará paso así a la negación de la misma doctrina sobre la cual se sostuvo. Es por esta brecha que se cuele el grupo de intelectuales que, en medio de los rigores de la dictadura gomecista, inicia un movimiento político y cultural con miras a desplazar a los intelectuales sostenedores del régimen de Gómez. Lo que los pensadores positivistas aportan a ese movimiento emergente es un método y una práctica de observación de las realidades específicas del país. Los positivistas definieron un nuevo modo de concebir la historia sobre la base de datos concretos, documentos verificables, pruebas, cifras, censos. Esta búsqueda del dato proveniente de la realidad se desarrolla paralelamente en el quehacer periodístico, en que es cada vez más común el trabajo del reportero moderno. Sale a la calle en busca del hecho concreto y sustituye al pensador y agitador de gabinete que llenaba las páginas de la prensa de principios del siglo XIX y que se acercaba al público sólo en un sentido retórico al intentar imitar su lenguaje, pero que sólo usaba los datos de la realidad como excusa para probar una tesis.²⁸

En efecto, durante el período de la dictadura de Juan Vicente Gómez (1908–1935), la prensa desplegó—junto a fotografías y caricaturas que ocuparon cada vez más espacio—una serie de textos menores en los que el reportero mostraba sus observaciones de la vida cotidiana de la ciudad.²⁹ Una vida en la que hasta la más mínima alteración de la rutina era noticia. En este género de crónicilla diaria, de artículos brevísimos que llamaron “suelos,” los periodistas ejercitaron su observación directa de las realidades cotidianas que los rodeaban. Aunque son innumerables los textos que podrían citarse, valga de ejemplo este suelo titulado “¿Locos?” en el que se describe al peatón de la ciudad que se moderniza:

28. Sobre la relación entre la actividad periodística y el quehacer científico, Susana Rotker ha indicado, “Hacia 1890 los periodistas se consideraban a sí mismos como científicos o artistas del realismo: entendían por tal no sólo la función mimética de los textos, sino la identificación de la ‘realidad’ con los fenómenos externos. Esto significa que en medio del escepticismo de la época se atuvieron a describir lo que les revelaban las ciencias naturales, físicas o sociales” (Rotker 1992, 131).

29. El surgimiento de la crónica como género periodístico a finales del siglo XIX y principios del XX en América Latina es un índice elocuente de los cambios discursivos que se gestan. Al respecto ver Ramos (1989) y Rotker, particularmente el capítulo 4, “El lugar de la crónica” (Rotker 1992, 99–149).

Caracas indudablemente se moderniza. Rascacielos criollos (porque los verdaderos, los yanquis, cuentan hasta cincuenta pisos), dancings, películas científicas . . . y postes, más postes!! Y he aquí que estos han hecho surgir un nuevo espécimen entre los peatones: el nervioso. El nervioso, cuando están colocando un poste por donde él acerta a pasar, párase de repente y todos los movimientos que obligan hacer al poste los cabestros, imítalos éste, hasta que al fin se da cuenta de cuanto involuntariamente ejecuta, entonces, en un supremo gesto de nerviosidad, lánzase a la calle y toma otro derrotero. Pero ya ha hecho reír a varios.³⁰

El peatón nervioso es mostrado en este texto como el signo de una ciudad que cambia su fisonomía cotidiana, frente a la cual es preciso ir dibujando día a día nuevas coordenadas. Una ciudad con nuevos personajes que, invariablemente, son vistos desde lejos, como tipos raros, pero que emergen hasta lograr un espacio significativo en la representación de lo identitario nacional que, desde los géneros periodísticos, se abre a lo contemporáneo. El criollismo literario que, con Gallegos, llegará a su cúspide entre los años 1920 y 1940, se nutrió de ambas tendencias: la historia positiva y el reporterismo.³¹

El punto en el que van a cruzarse estas discursividades tal vez no pueda estar mejor representado que en la figura de Enrique Bernardo Núñez. Como novelista, periodista e historiador, sintetizará como pocos la imagen del letrado de los años postdictatoriales. Al ingresar a la Academia de la Historia en 1948, Núñez recuperará en muchos sentidos la herencia de Lisandro Alvarado para hacer énfasis en la historia de “la pasión de un pueblo por su libertad” (Núñez 1949, 214).³² En la presentación de este texto, Núñez pondrá en evidencia un nuevo lugar de enunciación para la historia: “Yo . . . vengo de las legiones de la prensa. Mis trabajos de historia tienen más bien carácter periodístico, informativo para los de mi generación. Sería, pues, del caso, hablar aquí del papel que ha desempeñado esta maestra de los pueblos. La prensa, si no abandona su misión, si no la mixtifica, es el más eficaz instrumento en la creación de un país. Por lo mismo la mejor forjadora de historia” (1949, 212).

Sobre este nuevo espacio en el que convergen el discurso tradicional de circulación académica y el nuevo letrado formado en la práctica cotidiana del reporterismo, Núñez dirá, “el tema de este discurso es la historia de Venezuela, o mejor dicho, será un reportaje en torno a esa historia” (Núñez

30. Texto publicado originalmente en la columna fija “Guasacaca” del periódico *Fantoches* (Caracas), no. 148, 27 de mayo de 1926, p. 14. Con respecto a los géneros discursivos menores que circulan por la prensa en el período gomecista, ver Rivas Rojas (1997, 91–138).

31. La vanguardia literaria, que hace su aparición entre 1925 y 1928 alrededor de las publicaciones *élite* y *válvula*, también mostrará una permanente intertextualidad discursiva con los géneros masivos. Al respecto ver Rivas Rojas (1991).

32. Hay que recordar que el discurso ante la misma Academia pronunciado por Lisandro Alvarado se titula “El movimiento igualitario en Venezuela.” En este texto, el énfasis está puesto en la reformulación de las fuentes históricas con el fin de hacer visible la participación política y social del hombre común.

1949, 212). Géneros masivos, como el reportaje y la crónica, y géneros de la alta cultura, como el tratado histórico y el discurso académico, confluyen de este modo en una práctica cultural desde la cual se elaboran los discursos identitarios mayores de la literatura venezolana. En esta síntesis que construye el intelectual de los años cuarenta del siglo XX descansa la producción ficcional criollista, recuperando con otro signo el lugar desde el cual enunciaron su discurso identitario los liberales del XIX y los positivistas finiseculares.

La tradición a la cual se adscriben estos nuevos intelectuales será marcada con un signo democrático, en contra de los discursos que sostuvieron las dictaduras que plagaron la vida política del XIX, especialmente en contra de los primeros intelectuales positivistas que elaboraron las coartadas políticas de la dictadura gomecista. Así el relato letrado de apelación identitaria habrá recorrido una amplia red de espacios discursivos que va desde las instituciones académicas y legales, pasando por las instituciones educativas, hasta las actividades de divulgación y agitación concentradas en la prensa y en la creación de una idea de opinión pública. A cada paso se fue consolidando un lugar de enunciación caracterizado por la capacidad enunciativa del grupo letrado, por su manejo de conceptos, datos y documentos, por su acceso a las fuentes donde la información se genera y a los medios desde donde los relatos identitarios se difundían.

En el confuso período que se abre con el fin de la dictadura, esta herencia deberá enfrentarse a nuevas amenazas. El llamado “peligro comunista” aparecerá en el horizonte cultural y político para dividir de nuevo a la intelectualidad que forjaría en la prensa y en la radio los nuevos relatos identitarios, cada vez más ubicados en el terreno de los medios masivos de comunicación. Para este momento, el derecho a cuestionar los relatos identitarios heredados será un territorio ampliamente conquistado por la intelectualidad reformista que va a tomar las riendas de la actividad cultural de las élites ilustradas. En un movimiento complementario, el surgimiento y consolidación de géneros masivos que circulan por la prensa, la radio y el cine ampliará el horizonte en el cual se inscriben los relatos de apelación identitaria.

La afirmación de lo propio, de lo criollo, no tendrá a principios del XX el peso que tuvo en el siglo anterior. La dispersión irá minando los relatos identitarios en un espacio cultural cada vez más abierto a los signos de la democratización y la masificación. Pero este proceso de apertura mantendrá muchos de los elementos legados por una tradición letrada cuyo signo fue el desplazamiento, la capacidad de adaptación a los cambios y la pugna permanente por consolidar un lugar de enunciación para el relato identitario que otorgara un peso específico al intelectual encargado de enunciarlo. Sobre esta autoridad se va a construir la narrativa regionalista de corte populista que se produce en los años 1920–1940, en la que culminará y al mismo tiempo se disolverá la autoridad letrada construida sobre el

derecho a definir los rasgos de lo identitario nacional.³³ Rómulo Gallegos realizará la síntesis más acabada del relato identitario venezolano en novelas como *Doña Bárbara* (1929) y *Canaima* (1935). En ellas es posible leer los residuos de esta historia de relocalaciones que va del criollismo republicano al regionalismo populista.

33. Este es el tema desarrollado en Rivas Rojas (2001).

BIBLIOGRAFIA

- ACOSTA SAIGNES, MIGUEL
1962 *Estudios de folklore venezolano*. Caracas: Universidad Central de Venezuela y Instituto de Antropología e Historia.
- ALCIBIADES, MIRLA
1989 "Para una nueva lectura de El Cojo Ilustrado." *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 15, no. 29:253–67.
- ALVARADO, LISANDRO
1909 *Historia de la Revolución Federal en Venezuela*. Caracas: Litografía y Tipografía del Comercio.
1958 *Obras completas*. Caracas: Ministerio de Educación.
- BARRETO, GUILLERMO R.
1994 "La introducción del Darwinismo en Venezuela." *Interciencia* 19, no. 2 (mar.–abr.): 59–63.
- BARRIOS, ALBA LIA
1994 *Primer costumbrismo venezolano*. Caracas: La Casa de Bello.
- BELLO, ANDRES
1976a "Modo de escribir la historia." En *Antología de discursos y escritos*, edición preparada por José Vila Selma, 181–93. Madrid: Editora Nacional.
1976b "Modo de estudiar la historia." En *Antología de discursos y escritos*, edición preparada por José Vila Selma, 194–201. Madrid: Editora Nacional.
- BOLIVAR, SIMON
1976 "Discurso de Angostura." En *Doctrina del Libertador*, 1:101–27. Caracas: Biblioteca Ayacucho (publicado originalmente en 1819).
- CARRERA DAMAS, GERMAN
1976 *La renovación de los estudios históricos: El caso de Venezuela*. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública.
1979 *Historia contemporánea de Venezuela: Bases metodológicas*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela.
1988 *El dominador cautivo: Ensayos sobre la configuración cultural del criollo venezolano*. Caracas: Grijalbo.
- CASTILLO ZAPATA, RAFAEL
1997 *Un viaje ilustrado*. Caracas: Colección Cuadernos, Fundación CELARG.
- CUENCA, HUMBERTO
1980 *Imagen literaria del periodismo*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- CUEVAS CANCINO, FRANCISCO
1975 *La carta de Jamaica redescubierta*. México, D.F.: Colegio de México.
- DIAZ SANCHEZ, RAMON
1950 *Guzmán: Elipse de una ambición de poder*. Caracas: Ministerio de Educación.
1993 "Evolución social de Venezuela (hasta 1960)." En *Venezuela independiente: Evolución político-social, 1810–1960*, 175–379. Caracas: Grijalbo y Fundación Eugenio Mendoza.
- FUNDACION POLAR
1988 *Diccionario de historia de Venezuela*. Tomo II. Coordinado por Manuel Rodríguez Campos et al. Caracas: Fundación Polar.
- GIL FORTOUL, JOSE
1896 *El hombre y la historia: Ensayo de sociología venezolana*. París: Librería de Garnier Hermanos.
- GONZALEZ, BEATRIZ
1989 "Al filo del 900: La estética ácrata y libertaria de Pedro Emilio Coll." *Revista Iberoamericana* 55:89–101.
1997 "Fundar el estado/Narrar la nación (*Venezuela heroica* de Eduardo Blanco)." *Revista Iberoamericana* 63, nos. 178–79 (enero–junio):33–46.
- GONZALEZ, JUAN VICENTE
1962 *Juan Vicente González*. Con prólogo de Pedro Grases. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua.
- GUZMAN, ANTONIO LEOCADIO
1983 *La doctrina liberal*. Colección el Pensamiento Político Venezolano del siglo XIX, no. 5, tomo 1. Caracas: Congreso de la República.

DEL CRIOLLISMO AL REGIONALISMO VENEZOLANO

- LANDER, TOMAS**
1983 *La doctrina liberal*. Colección el Pensamiento Político Venezolano del siglo XIX, no. 4. Caracas: Congreso de la República.
- LASARTE, JAVIER**
1997 "Ciudadanía del costumbrismo en Venezuela." *Revista Iberoamericana* 63, nos. 178–79 (enero–junio):263–74.
- LATCHMAN, RICARDO**
1956 *El criollismo*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- LAVALLE, BERNARD**
1993 *Las promesas ambiguas: Ensayos sobre el criollismo colonial en los Andes*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- LECUNA, VICENTE**
1917 *Papeles de Bolívar*. Caracas: Litografía El Comercio.
- LUDMER, JOSEFINA**
1999 *El cuerpo del delito: Un manual*. Buenos Aires: Libros Perfil.
- MATHEUS, ROBERT PAUL**
1977 *Violencia rural en Venezuela, 1840–1858: Antecedentes socio-económicos de la Guerra Federal*. Caracas: Monte Avila.
- MIGNOLO, WALTER**
1995 *The Darker Side of the Renaissance: Literacy, Territoriality, and Colonization*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- MILIANI, DOMINGO**
1985 *Tríptico venezolano: Narrativa, pensamiento, crítica*. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela.
- MILLARES CARLO, AGUSTIN**
1969 *La imprenta y el periodismo en Venezuela: Desde sus orígenes hasta mediados del siglo XIX*. Caracas: Monte Avila.
- NAZOA, AQUILES**
1987 *Caracas física y espiritual*. Caracas: Panapo.
- NIESCHULZ DE STOCKHAUSEN, ELKE**
1981 *Periodismo y política en Venezuela: Cincuenta años de historia*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- NOBREGA, ENRIQUE**
1997 *La mujer y los cercos de la modernización: Los discursos de la medicina y el aparato jurídico*. Colección Cuadernos. Caracas: Fundación CELARG.
- NUÑEZ, ENRIQUE BERNARDO**
1949 "La historia de Venezuela (Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia, 1948)." En *Una ojeada al mapa de Venezuela*, 2da edición, 209–38. Caracas: Avila Gráfica.
- PEREZ VILA, MANUEL**
1968 *Campanas periodísticas del Libertador*. Maracaibo: Facultad de Humanidades y Educación, Universidad del Zulia.
- PICON SALAS, MARIANO**
1984 *Formación y proceso de la literatura venezolana*. Caracas: Monte Avila.
- PICON SALAS, MARIANO, ED.**
1980 *Antología de costumbristas venezolanos del siglo XIX*. Caracas: Monte Avila.
- PINO ITURRIETA, ELIAS**
1978 *Positivismo y gomecismo*. Caracas: Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.
- PRATT, MARY LOUISE**
1993 "Criticism in the Contact Zone: Decentering Community and Nation." In *Critical Theory, Cultural Politics, and Latin American Narrative*, redactado por Steven M. Bell, Albert H. LeMay y Leonard Orr, 83–102. Notre Dame, Ind.: University of Notre Dame Press.
- QUINTERO, INES**
1996 "La historiografía." En *La cultura de Venezuela: Historia mínima*, 65–80. Caracas: Fundación de los Trabajadores de Lagoven.
- RAMA, ANGEL**
1984 *La ciudad letrada*. Hanover, N.H.: Ediciones del Norte.

RAMOS, JULIO

- 1989 *Desencuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

RIVAS ROJAS, RAQUEL

- 1991 "Los narradores de válvula: La renovación del cuento venezolano entre 1928 y 1935." Tesis de Maestría, Universidad Simón Bolívar.
- 1997 *Bulla y buchiplumeo: Masificación cultural y recepción letrada en la Venezuela gomecista*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG).
- 2001 "The Venezuelan Identity Tale: From Criollismo to Regionalismo." Tesis de Doctorado, King's College London.

ROMERO, JOSE LUIS

- 1976 *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

ROTKER, SUSANA

- 1992 *Fundación de una escritura: Las crónicas de José Martí*. La Habana: Casa de las Américas.

SEGNINI, YOLANDA

- 1995 *Historia de la cultura en Venezuela*. Caracas: Alfadil.

SILVA BEAUREGARD, PAULETTE

- 1993 *Una vasta morada de enmascarados: Poesía, cultura y modernización en Venezuela a finales del siglo XIX*. Caracas: La Casa de Bello.

SOMMER, DORIS

- 1991 *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.

VALLENILLA LANZ, LAUREANO

- 1988 "El llanero." En *Memorias del tiempo: Prosas venezolanas como testimonio y ficción*, con selección, introducción y notas de Horacio Jorge Becco, 200–210. Caracas: Contraloría General de la República.